

## Comentario de libro

---

*Mysterium Liberationis, I concetti fondamentali de lla teologia de lla liberazione*, I. Ellacuría - J. Sobrino (eds.). Roma: Borla/Cittadella, 1992, 1087 páginas.

La editorial Borla ha presentado la traducción italiana, en un solo volumen magnífico y cómodo, de la obra, dirigida por Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, *Mysterium liberationis*. Esta edición italiana viene precedida por una extensa introducción del conocido teólogo C. Molari, que no se limita a unas páginas de trámite, sino que realiza un ensayo denso y de hondura teológica. Su propósito es favorecer la comprensión y aceptación de la teología de la liberación en los ambientes italianos y europeos en general y, para ello, muestra la continuidad de la teología de la liberación con la reciente tradición teológica católica, aclara algunos prejuicios, subraya su originalidad metodológica y puntualiza algunas críticas que frecuentemente se le hacen. Como la obra es bien conocida, me limito a indicar los puntos principales de la importante introducción de la edición italiana.

En primer lugar aclara el sentido en que se usa el término “liberación” haciendo ver, por una parte, el momento negativo de superación de opresiones y, por otra, el momento positivo de apertura a nuevas posibilidades de vida y realización personal. Es un término particularmente relevante en el contexto en que se desarrolla la teología de la liberación y que, bien entendido, equivale al de “salvación”, usado tradicionalmente en teología.

Lo que con más amplitud desarrolla el introductor es el método de la teología de la liberación y la novedad que supone. Según la conocida expresión de Gustavo Gutiérrez, la teología de la liberación se presenta como “un nuevo modo de hacer teología... como reflexión crítica de la praxis histórica... una teología que no se limita a pensar el mundo, sino que intenta situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado”. Molari lo llama el método de la praxis, cuyos antecedentes sitúa en la revisión de vida de los movimientos apostólicos y, concretamente, de la JOC. Hace ver que esta teología de la praxis es la aplicación coherente de la teología de los signos de los tiempos propugnada por el Concilio Vaticano II, sobre todo en la *Gaudium et Spes*. No sólo los teólogos de la liberación, sino la Iglesia latinoamericana en su conjunto han asumido este método de hacer teología, como se ve en todos sus documentos pos-

conciliares (¿hasta Santo Domingo?) que parten de un análisis de la situación o de una lectura de los acontecimientos realizados con la ayuda de las ciencias humanas.

Este método tiene dos supuestos que conviene explicitar. El primero es la afirmación de que la revelación no consiste en la transmisión de contenidos doctrinales abstractos, sino que se realiza a través de acontecimientos acompañados de palabras que van desentrañando su sentido. Esto quiere decir que las palabras de la revelación son, ante todo, narraciones muy variadas de los hechos o experiencias a través de los cuales un pueblo ha ido descubriendo la verdad. Además los sucesos históricos se van comprendiendo con el paso del tiempo y a medida que se despliegan sus consecuencias y virtualidades. El segundo supuesto es la peculiar vinculación que la teología de la liberación establece entre la realización de la justicia en la historia y el reino de Dios. Molari considera, con acierto pleno en mi opinión, que la relación historia—reino es un hilo clave de *Mysterium Liberationis* y remite expresamente a dos importantes artículos de Ellacuría y Sobrino. De pasada observa que la teología europea, que se mueve en un ambiente secularizado y diferente al latinoamericano, se ve obligada a elaborar de forma más crítica el lenguaje con el que se expresa la acción de Dios en la historia.

En este punto Molari presenta el punto fundamental: lo que caracteriza a la teología de la liberación de entre los diversos intentos de hacer una teología que parta de la praxis es la opción por los pobres. Lo que distingue a la teología de la liberación es que la praxis de fe sobre la que reflexiona es la experiencia de los pobres y sus luchas por la liberación. “La teología de la liberación quiere proponer el anuncio de la salvación en estos contextos de injusticia, viviendo desde el interior la experiencia de la liberación y reflexionando sobre sus dinámicas... La atención constante al punto de vista de los pobres, y el compromiso activo del teólogo en la práctica liberadora, especifican a la teología de la liberación del tercer mundo respecto a la nueva teología europea”. En palabras de C. Boff: “la originalidad radical... consiste en la inserción viva del teólogo junto a los pobres, entendidos como realidad colectiva, conflictiva y activa (pobres-sujeto)”.

Tras esta exposición Molari hace una valoración muy positiva del método de la teología de la liberación y afirma que “ha alcanzado una solidez metodológica que garantiza un camino seguro”. El paso de la teología monástica a la escolástica en el siglo XII requirió varios decenios para deshacer malentendidos y temores. Sólo hace 30 años que ha aparecido la teología de la liberación y, sin embargo, los resultados “aparecen ya sólidos y dignos de seria consideración”.

Particularmente sugerente, pero muy breve y no del todo fácil de entender, es el apartado titulado “Criterio o luz de la lectura de la teología de la liberación”, donde presenta cómo esta teología no se limita a hablar de lo que Dios hizo, sino de lo que Dios sigue haciendo, idea por cierto, magistralmente expli-

cada por Jon Sobrino y clave de su teología. Está claro que los signos de los tiempos, bien entendidos y contra lo que a veces se dice, están en las antípodas de todo fundamentalismo, porque impiden la sacralización de los antiguos y ponen en juego una reflexión interdisciplinar con las más variadas ciencias humanas y un diálogo con las experiencias salvíficas del pasado que subyacen a las formulaciones dogmáticas y bíblicas.

Para Molari la mejor muestra de la eclesialidad de la teología de la liberación consiste en que algunas de sus claves centrales han sido asumidas progresivamente por toda la Iglesia (al menos de forma teórica). Destaca dos: la opción preferencial por los pobres (con referencia a textos de la *Sollicitudo Rei Socialis* y de la *Centesimus Annus*) y la dimensión social del mal y del pecado (con referencia a textos de las encíclicas citadas y de la exhortación apostólica *Reconciliatio et Poenitentia*).

Con mucha brevedad la introducción que estamos comentando hace referencia a dos objeciones que algunos teólogos europeos y norteamericanos han hecho a la teología de la liberación: esta teología que da tanta importancia y prioridad a la praxis convierte al momento teórico (es decir, a la teología propiamente dicha) en una legitimación ideológica y acrítica, e introduce la división en el seno de la Iglesia. Responde con unas breves, pero precisas consideraciones sobre el círculo hermenéutico, la circularidad entre la praxis y la teoría, en la que ésta ejerce un control crítico sobre aquélla, que, a su vez, vivifica y pone en movimiento al momento reflexivo. Después afirma que la teología de la liberación no divide la Iglesia, pero saca a la luz conflictos existentes y, de esta manera, “ha perturbado al sueño tranquilo de muchos poderosos que en nombre de la comunión eclesial han exigido el silencio de los pobres”.

Como no podía ser menos, Molari acaba la introducción subrayando que la teología de la liberación es un reto a las iglesias europeas y una llamada a su conversión. Es una teología que elabora con rigor el clamor de las víctimas y que hace patente la cara intencionadamente ocultada en que se basa la forma de vida de los países más desarrollados. Ciertamente la teología de la praxis es un método que puede adoptarse en circunstancias muy distintas y, de hecho, así sigue sucediendo. Pero los teólogos europeos están en desventaja en este punto, según piensa el italiano Molari. En efecto la calidad de la vida evangélica de las comunidades con las que se vincula la teología de la liberación es muy superior a la teología convencional, con frecuencia desarraigada de todo contexto creyente concreto; y, sobre todo, la teología de la liberación expresa e interpreta la experiencia cristiana de los pobres. No se trata de copiar miméticamente en Europa la teología realizada en América Latina, pero en la teología de la liberación se dan unas características propias y específicas, que exigen convertirlas en referente privilegiado de quien quiera hacer teología cristiana en nuestro mundo.

En Italia se traducen muchos libros de teología de las orientaciones más

diversas. Editoriales muy prestigiosas, desde hace años, han traducido las obras de la teología de la liberación. Molari considera que *Mysterium Liberationis* recoge “los frutos más maduros de la primera teología autónoma de América Latina” y afirma que su edición italiana es, quizá, la celebración menos triunfalista y más oportuna del 500 aniversario de la evangelización del continente americano (la publicación es de 1992). La introducción está hecha con simpatía y conocimiento de la teología de la liberación, pero es un mérito el haber evitado la polémica con sus críticos más groseros y, por otra parte, no limitarse a una apologética incondicional. El ensayo de Molari puede servir para algo importante y realizado aún de forma insuficiente: a la comprensión de la teología de la liberación en Europa y, concretamente, en Italia y en los centros religiosos existentes en aquel país. Es la condición elemental para que se dé un diálogo fecundo, lejos tanto de críticas injustas y autosuficientes como de entusiasmos acrílicos e incondicionales, entre teólogos que trabajan en contextos culturales y sociales muy diferentes.

Rafael Aguirre

